

cibiera las luces de la verdadera civilización: y dándole otras naves y mayor provision de marineros y demas objetos que podia necesitar, volvió á la tierra descubierta por la constancia de su ingenio, para concluir la gloriosa empresa que habia comenzado.

CAPITULO X.

Siguen los viajes de Cristóbal Colon.

Despues de algunos meses de estar Colon en España, se prepararon las embarcaciones prometidas, suficiente número de marineros, artesanos de todas clases, instrumentos de labranza, animales no conocidos en las nuevas tierras y semillas útiles para la vida del hombre: un gran número de aventureros estimulados por la riqueza de las tierras descubiertas por el almirante, corrian de todas partes para tomar parte en su segundo viaje, y con todo este acompañamiento y en medio de las declamaciones de una muchedumbre maravillada de los esfuerzos de Colon, salió este héroe de las costas de Andalucía para volver al nuevo mundo.

Un mes tardó este segundo viaje, durante el cual descubrió las otras antillas; pero sin detenerse en ellas se dirigió á la de Santo Domingo donde habia dejado á sus compañeros. Luego que estuvo cerca de la costa, mandó disparar sus cañones, para indicar su llegada; pero sin recibir contestacion alguna, desembarcó y fué á la fortaleza que habia dejado, la cual encontró destruida, las armas de sus soldados rotas y algunos huesos humanos: y es, que apenas salió Colon para España, cuando Arana y sus compañeros se entregaron á mil exesos con los indios por apoderarse del oro que les veian, y no contentos con pagar con esta ingratitud la hospitalidad del

afable Guacanaguari, se avanzaron hasta la rica provincia de Cibao, donde habian oido decir que los arroyos arrastraban arenas de oro y la tierra contenia por todas partes este estimable metal; y *Caonabo*, cacique de aquella provincia, de un carácter feroz, excitado por aquellos exesos armó un considerable número de indios y cargó sobre los españoles, persiguiéndolos hasta su fortaleza, que destruyó con los últimos que la defendian. Esta fué la primera sangre española derramada en el mundo de Colon, en castigo de las maldades de sus compañeros: y eran las primicias que se pagaban, de la mucha que debia costar la lucha que por algunos siglos emprendian con aquellos pueblos para cargarlos con el yugo de su dominacion.

Guacanaguari recibió á su amigo Colon con muestras de regocijo y le explicó como habia pasado la destruccion de sus compañeros: y el almirante satisfecho de la sinceridad del cacique, mandó desembarcar todo su acompañamiento. Luego entre aquellos bosques cuya antigüedad se remontaba al origen de los tiempos, empezó á fundar una ciudad á la que dió el nombre de Isabela, en honor de la reina de Castilla su protectora: la cercó con altas murallas como una plaza europea: y comenzaron luego á cultivar aquella fértil tierra, sembrando el trigo de España y plantando la caña de azúcar de Sicilia.

La docilidad del carácter de los indios, les proporcionaba auxiliares bastantes para sus trabajos: y los cascabels y demas objetos que llevaban, les proporcionaban recoger grandes cantidades de oro que les cambiaban los naturales. Mas con todo, no era la abundancia de este metal, como se la habia figurado la multitud de aventureros que siguieron al descubridor, y no contentos con aquella vida laboriosa á que el almirante los queria sujetar, se desagradaron muchos y volvieron á España, donde por medio de viles calumnias, prepararon una in-

justicia para recompensar el mérito de aquel gran hombre.

La reina rehusaba dar crédito á las imposturas de aquellos calumniadores; pero fueron tantos los crímenes que le imputaron á Colon, que cedió la credulidad del rey y luego mandó á un oficial llamado Bobadilla, para que lo sustituyera en el mando y lo mandara á España para juzgarlo. Este comisionado real, prevenido contra el almirante por sus enemigos, antes de desembarcar en Santo Domingo llamó á Colon á la nave en que habia llegado: y notificándole allí la orden del rey, lo remitió á España cargado de cadenas como al mayor criminal. Esta injusticia con que se veía tratado el hombre que llenaba al mundo con su fama, no le arrancó una sola queja: los soldados que lo custodiaban vencidos ante la dignidad del héroe, muchas veces le propusieron romper sus cadenas y acompañarlo donde quisiera huir; pero él prefirió llegar con ellos á la corte y dejar sentada su buena reputacion en una defensa hecha en presencia de sus mismos calumniadores.

Colon volvió á desembarcar como un miserable, en el puerto de Palos donde antes se recibió en triunfo, y un grito de horror de toda la nacion, contestó á semejante injusticia, con el hombre que habia creado un mundo para enriquecer la corona de sus reyes. Aun ellos mismos se atemorizaron á la presencia de la víctima y ordenaron que se les presentara libre y sin guardas; pero el ilustre acusado no permitió que le quitaran las cadenas, hasta no hacer patente su justificacion. Al fin accedió á quedar en libertad, por la orden de la reina, cuya cólera descargó sobre los malvados que á esta condicion redujeron al hombre á quien la nacion debía la causa de su mayor engrandecimiento.

El alma de aquel intrépido navegante que desafió el furor de los elementos y de los peligros de unos mares

jamas surcados por algun buque europeo, no pudo resistir la amarga pesadumbre de que se penetró por tamaña injusticia; y no quiso separar de su vista, los hierros con que habian cargado los piés que señalaron la ruta para un mundo vírgen y las manos que tan diestramente habian manejado el timon y la aguja en las embravecidas olas á donde no habia osado penetrar ningun marino. Siempre los tuvo á los piés de su cama, para que sin cesar le recordaran, que ante los hombres la ingratitud y la injusticia, son la recompensa de la virtud y de los grandes servicios de las almas privilegiadas. ¡Si no hubiera otras innumerables pruebas, esta sola bastaria para demostrar la existencia de un premio y un castigo eterno!

A instancias de la reina Isabel emprendió otro viaje en que descubrió algunos otros puntos, entre ellos el golfo de las Perlas, donde los indios se sumergen en el mar y á una gran profundidad recojen las conchas en que se encierran las perlas preciosas, cuya pesca hizo á Colon dar á este globo el nombre que dijimos: y penetrado en el país de los *Párias* marcó sobre un mapa geográfico el camino que debia seguirse para arribar á todas las costas de aquel vasto suelo. Descubierta el continente recorrió la costa desde la embocadura del Orinoco hasta Caracas y penetró hasta el golfo Darien.

Cuando supo que en 1504 habia muerto su bienhechora la reina Isabel, volvió á España, y quebrantado por los pesares que le ocasionó una desenfrenada turba de ambiciosos, cayó enfermo y murió el año de 1506 dejando á su hijo Diego que lo acompañó en sus últimos viajes, los muchos bienes que habia adquirido y su título de almirante de las indias. Fatigado hasta sus últimos momentos con la pena de la injusticia que lo hizo sucumbir, mandó á su hijo, que sobre su féretro, colocara los hier-

ros que habia llevado en su vida, por la envidia de sus enemigos. Ni siquiera tuvo este hombre, el gusto de dar su nombre al mundo que descubrió la combinacion de su genio, su constancia y su atrevimiento, pues el florentino Américo Vespucio, guiado por el mismo mapa de Colon, penetró hasta el golfo de las Perlas y el país de las Párias, y con los datos que adquirió en sus viajes y los informes que tuvo de los naturales de todos aquellos pueblos, escribió una obra describiendo la tierra que era el objeto de la curiosidad de los habitantes del viejo continente. Esta obra era leida con tanta avidez, que generalmente el mundo descubierto por Colon, fué llamado la tierra de Américo y de aquí tomó despues el nombre de América, con que hasta hoy es conocido este continente.

Los españoles siguieron poblando los países descubiertos: y alentados con este ejemplo los portugueses, emprendieron tambien las mismas peligrosas navegaciones: el arrojado Vasco de Grama logró doblar el cabo de Buena Esperanza; y Alvarez Cabral, descubrió el país en que despues fundaron el reino del Brasil. Siguieron así los dos pueblos descubriendo nuevas tierras de donde sacaban grandes riquezas de oro, plata y piedras preciosas: y para evitar un dia alguna disputa entre los dos pueblos descubridores, ocurrieron al Papa Alejandro VI para que designase cuales regiones debian pertenecer á cada uno. El Santo Padre, en un mapa les trazó la línea de demarcacion, tomando por punto de partida para ella uno de los polos de la tierra; y pasando cien leguas al este de las islas Azores, las tierras comprendidas al este de aquella línea, pertenecian al rey de Portugal y todas las del oeste, al de España; pero antes hizo que ambos prestasen juramento de que en todas las tierras de que se posesionasen, debian propagar la religion cristiana.

Esta resolucion de la silla apostólica, ha sido objeto de una emponzoñada crítica, de algunos espíritus que se agradan de afectar tanto ódio á la religion como ignorancia de la historia. Sería el error mas grosero; creer, como lo quieren hacer entender algunos, que las conquistas de estos países se hicieron por orden de la Santa Sede: confundiendo el acto de conceder dominio, al de decidir un punto entre dos partes que quieren su aclaracion. En aquellos tiempos en que el catolicismo era mejor apreciado, se tenia como es natural, gran respeto al Santo Padre, como autoridad suprema de la tierra: y siempre que entre dos potencias habia alguna diferencia, antes que inútilmente se sacrificara por ella la sangre de los pueblos, preferian llevarla á Roma para que la decidiera la palabra del sucesor de Pedro, que era padre común de todos los fieles. Esto hicieron los reyes de España y Portugal: ellos descubrian y se posesionaban del territorio: quisieron prevenir una disputa funesta para ambos, porque la codicia de uno y otro podria estenderse fuera de lo que él hubiera tomado; y el Santo Padre, al dar su decision en aquel punto, no hizo sino trazar una línea, que sirviera de valla á la ambicion y al rencor de dos pueblos, y exigirles por medio de juramento, que propagaran la religion cristiana, en beneficio de los países descubiertos y de la civilizacion en general.

Entre las poblaciones que contaban los españoles, era una en el puerto de Ajaruco hoy Habana, en la isla de Cuba: en ella era gobernador diego Velasques, quien constantemente estaba despachando algunas espediciones para descubrir y esplotar las costas vecinas. Una de estas salió el año de 1517 al mando de D. Francisco Hernandez de Córdova, quien descubrió el cabo Catoche en la península de Yucatan: quiso desembarcar para internarse en aquel territorio; pero los indios se le echaron encima y lo obligaron á embarcarse, aunque hizo algu-

nos prisioneros, por los que tuvo razon de Mocteuhezuma y de su vasto y dilatado imperio, teniendo idea de sus riquezas, porque á estos indios no los hallaron desnudos como los de las antillas, sino vestidos con las mantas de algodón y de otros objetos segun queda descrito el traje de los mexicanos. Al año siguiente, envió el gobernador Velasques á su pariente Juan de Grijalva con cuatro buques y mas de doscientos soldados, quien se acercó á la costa oriental de Yucatan hasta la isla de Cozumel, y de ahí se vino costeando el pais, hasta el islote que hoy se llama San Juan de Ulua, frente de Veracruz y al cual pusieron este nombre porque lo descubrieron el dia del santo de Grijalva, y habiendo hallado dos víctimas humanas acabadas de sacrificar, preguntaron la causa de aquel bárbaro sacrificio y los indios para significar que lo hacían por orden de los mexicanos respondieron Acolhua, Acolhua, con cuyo nombre eran cenocidas las naciones del Valle, por los pueblos mas distantes.

Los gobernadores de los lugares inmediatos á la costa llamada *Chalchihucuecan* hicieron luego unas pintaras que representaban á los españoles, sus buques y sus armas y mandaron la noticia á Mocteuhezuma, quien se turbó mucho de aquella nueva. La generalidad de los historiadores, dice: que el rey mandó reunir su consejo y convinieron en que era Quetzalcohuatl el Dios del aire á quien era tradicion general esperar: y que considerándose todos los reyes, como vicarios y representantes de aquella divinidad, mandaron luego una embajada de cinco personajes con cuantiosos regalos, para felicitar al supuesto dios por su feliz llegada. Pero siguiendo nosotros, la opinion de Veytia respecto de la creencia que generalmente se tuvo del referido personaje, me persuado que no creyeron en la llegada de Quetzalcohuatl, sino en la de las gentes que el mismo profeta les habia anunciado, con la cual estaba de acuerdo la

prediccion de Huemantzin. Y me confirmo en esto, porque los mismos historiadores dicen de acuerdo: que al mismo tiempo dió orden el rey, para que puestas las centinelas en los montes de Nauhlan, Quauhtla, Mistlan y Tochtlan, observaran los movimientos de aquellas nuevas gentes y dieran pronto aviso á la corte de cuanto ocurriese.

Los comisionados mexicanos no pudieron llegar oportunamente, pues los españoles, haciendo en aquella costa el cambio de sus cuentas por el oro de los indios, siguieron costeando hasta la embocadura del Pánuco, de donde regresaron á Cuba.

CAPITULO XI.

Llegada de Hernan Cortés.

El primero que llegó á la Villa de Santiago en la isla de Cuba, donde residia el gobernador fué Pedro de Alvarado, dando una idea muy favorable de la hermosura, fertilidad y riqueza de la tierra que habian reconocido en su viage desde el cabo Catoche hasta la embocadura del Pánuco: acompañando en su relacion una prueba práctica en la diversidad de objetos adquiridos en la expedicion á muy poca costa, entre lo cual llamaba particularmente la atencion, la cantidad de oro, cuyo valor fijan los autores de diez á quince mil pesos: el dicho de Alvarado fué confirmado en todo con la llegada de Grijalva, y ya entonces pensó el gobernador Diego Velazquez en mandar una expedicion mas formal, que utilizara las ricas tierras descubiertas.

Vacilaba Velazquez en la persona á quien confiara esta empresa; y despues de una larga irresolucion, su